

AFORISMOS

Nº 5-6 - 2022

DIRECCIÓN

CONSUELO MARTÍNEZ-SICLUNA SEPÚLVEDA

SUBDIRECCIÓN

ANTONIO MARTÍN PUERTA

SECRETARIO

FERNANDO ARIZA GONZÁLEZ

MIEMBROS DEL CONSEJO DE REDACCIÓN

JOSÉ MARÍA CARABANTE MUNTADA
ALFONSO MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA GARCÍA DE DUEÑAS
JORGE VILCHES GARCÍA

MIEMBROS DEL COMITÉ DE REDACCIÓN

ANTONIO GIMÉNEZ SÁEZ
MIGUEL MARÍA JIMÉNEZ DE CISNEROS
RAMÓN DE MEER CAÑÓN
JUAN ARTURO MORENO CABRERA

COMITÉ CIENTÍFICO

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO (Universidad de Córdoba)
LUIS ALBURQUERQUE (Instituto de Lengua, Literatura y Antropología, CSIC)
CHANTAL DELSOL (Academia de Ciencias Morales y Políticas, Francia)
PIOTR JULIUSZ JAROSZYNSKI (Universidad Católica de Lublin, Polonia)
PAOLA B. HELZEL (Universidad de Calabria, Italia)
JULIO ALVEAR (Universidad del Desarrollo, Chile)
JOSÉ ANDRÉS GALLEGO (Universidad de Cádiz, CSIC)
COSTANTINO ESPOSITO (Universidad de Bari, Italia)
RAFAEL SÁNCHEZ SAUS (Universidad de Cádiz)
RAÚL CANOSA (UCM)
BENEDETTA SAPORANO (Università Aldo Moro de Bari)

Dykinson

ISSN: 2695-5253

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970/932720407.

AFORISMOS
agradece las donaciones recibidas
y a la Dirección General de la Fundación Universitaria San Pablo CEU su colaboración.

Este libro ha sido sometido a evaluación por parte de nuestro Consejo Editorial
Para mayor información, véase www.dykinson.com/quienes_somos

© Los autores
Editorial DYKINSON, S.L. Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid.
Teléfono (+34) 91 544 28 46 – (+34) 91 544 28 69
e-mail: info@dykinson.com
<http://www.dykinson.es> <http://www.dykinson.com>

ISSN: 2695-5253

Depósito Legal: M-36543-2019

Maquetación: german.balaguer@gmail.com

EL CAMBIO SICOLÓGICO EN LOS INICIOS DEL SIGLO XX¹

PSYCHOLOGICAL CHANGE AT THE BEGINNING OF THE 20TH CENTURY

ANTONIO MARTÍN PUERTA

Profesor Emérito. Universidad CEU San Pablo

RESUMEN

El mundo posterior a la Gran Guerra fue resultado de un previo cambio en la psicología de las élites y de las masas. La completa atribución de ello a la contienda es algo incorrecto. Con anterioridad se habían producido suficientes cambios culturales que permitían pensar en los inicios de una etapa nueva. La Gran Guerra creó nuevos elementos de separación ya irreversibles. El cambio sicológico y cultural prepararon un drástico cambio político. Las nuevas corrientes surgidas durante los años XX reforzaron el proceso.

PALABRAS CLAVE: Cambio sicológico. Ruptura cultural. Gran Guerra. Crisis social y política. Ascenso del totalitarismo.

SUMMARY

The post-Great War world was the result of a previous change in the psychology of elites and masses. The complete attribution of the change to the war is not correct. Previous cultural changes allowed to interpret that a new phase was beginning. In addition, the Great War created new and irreversible elements of separation. Psychological and cultural changes prepared a radical political shift. The new trends that emerged during the twenties reinforced the process.

KEYWORDS: Psychological change. Cultural rupture. Great War. Social and political crisis. Rise of totalitarianism.

Cuando se compara la situación general de la sociedad una vez finalizadas las dos contiendas mundiales con la existente en los inicios del siglo XX resulta evidente que el cúmulo de transformaciones habidas no puede sino llevar a identificar la fase intermedia como caracterizada por una elevada aceleración de la historia. Hecho

¹ Fecha envío: junio 2022. Fecha aceptación: julio 2022.

que, con excesiva frecuencia, se atribuye a las modificaciones generadas por los acontecimientos bélicos y por las corrientes propias del período de entreguerras. Lo que deja de lado la fuerte influencia de hechos anteriores que iban a ser fuertemente determinantes. El famoso libro de Stefan Zweig, *El mundo de ayer*, resulta ser el epítome de tal interpretación. En efecto, podemos leer en él que se trataba de “la edad de oro de la seguridad”, de “un mundo ordenado, con estratos bien definidos y transiciones serenas, un mundo sin odio”, donde el ritmo de las nuevas velocidades no había pasado aún de las máquinas al hombre. En él “el progreso de respiraba por doquier”, de modo que “nunca fue Europa más fuerte, rica y hermosa”. Sólo cuando recapitula sobre su desaparición comenta cómo hubo de darse la razón a Freud “cuando afirmaba ver en nuestra cultura y en nuestra civilización tan sólo una capa muy fina que en cualquier momento podía ser perforada por las fuerzas destructoras del infierno”². Una melancólica añoranza impregna las páginas del autor, magnífico expositor, no obstante, de las características del cambio de época. Con el tiempo los historiadores han ido recopilando relevantes datos adicionales que conducen a otra conclusión: los elementos básicos que iban a llevar al desmoronamiento de aquel mundo ya operaban desde hacía tiempo. Así Philipp Blom señala sobre la primera contienda mundial: “La guerra no actuó como creadora, sino como catalizadora, pues obligó a las viejas estructuras a desmoronarse con más rapidez, y a que las nuevas identidades se afirmaran con más facilidad”³.

Una mente observadora como la de Virginia Woolf había expresado la realidad anterior de la siguiente manera: “En o hacia diciembre de 1910, el carácter humano cambió”; a lo que añadió: “cuando las relaciones humanas se transforman hay simultáneamente un cambio en la religión, la conducta, la política y la literatura”⁴. Por supuesto la referencia a 1910 no deja de ser puramente convencional y literaria, pero deja bien en claro que los cambios eran ya anteriores y extensos. De lo cual una institución tan vigilante como la Iglesia católica no sólo era consciente, sino que precisamente en 1910 san Pío X introducía el juramento antimodernista que, entre otras exigencias, señalaba que un creyente o educador no puede actuar a través de una doble personalidad: una privada que se somete a los dogmas de la Iglesia y otra pública que se adapta a las corrientes dominantes de la interpretación de la historia.

² ZWEIG, Stefan. *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Acantilado. Barcelona. 2002, pp. 17, 21, 46 y 249.

³ BLOM, Philipp. *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*. Anagrama. Barcelona. 2017, p. 16.

⁴ WOOLF, Virginia. *Mr. Bennet and Mrs. Brown*. Hogarth Press. London. 1924, pp. 4 y 5. Con error se ha traducido en alguna ocasión como “la naturaleza humana” cambió, lo que aún iría bastante más allá.

Lo que por otro lado era un reconocimiento implícito del completo dominio de las corrientes secularizadoras en el mundo de la ciencia. En cualquier caso, y aún desde perspectivas tan opuestas, era evidente que los parámetros sociales de Occidente se regían por actitudes ya muy distintas de las que por siglos habían prevalecido. Para todo ello había un significativo conjunto de motivaciones que habían ido produciendo cambios de calado. Una revisión de los elementos sicológicos subyacentes resulta oportuna cien años más tarde.

EL CAMBIO SOCIOLOGICO

Era evidente ya desde el siglo XIX que la industrialización suponía un cambio en la estructura social. Atender a las necesidades de mano de obra requería de una masa de población que venía necesariamente del campo, y ahora las antiguas poblaciones que por siglos habían vivido inmersas en un medio conservador pasaban a transformarse en conjuntos urbanos que sobrevivían en situación de precariedad en un ambiente completamente nuevo. En ese nuevo medio iban a desarrollarse las tendencias socialistas en sus diversas variantes, entre gentes que abandonaban su tradicional modo de vida y sus rutinarias y seculares formas anteriores. La crisis del sentimiento religioso pronto sería una de las características propias de la nueva situación, y ello con carácter general. Ha de decirse que tal traslado hacia espacios urbanos frecuentemente míseros era completamente voluntario, lo que significaba que quienes dejaban atrás las viejas formas de vida del agro trasladaban igualmente una vida de carencias seculares, menos tratadas por la historia pero no menos reales. De esa forma la pobreza simplemente cambiaba de lugar, aunque ahora fuera a la vista de todos, en áreas marginales donde florecían los movimientos revolucionarios y el rencor social, a la espera de, con frecuencia, utópicas soluciones que implicaban una fuerte actitud política de desacato hacia el sistema.

Pero no eran sólo los obreros los que habían cambiado de pensamiento, pues los nuevos y poderosos industriales, no infrecuentemente ennoblecidos, tampoco eran propensos a identificarse con las ideas de la aristocracia histórica, cuando menos en las primeras generaciones. Como resulta conocido que los titulares de grandes fortunas como los Krupp, los Guinness o los Rothschild –ya fuera su rama austríaca, británica o francesa, pues el comportamiento era igual en todos sitios– gozaban de la máxima acogida entre la élite de la política o la sociedad, dejando atrás en consideración a linajudas familias, ahora ya con muy marginal protagonismo. Incluso personajes como Eduardo VII o el mismo Guillermo II se relacionaban con la nueva élite surgida en los países industriales, infinitamente más acaudalada que la tradicional

nobleza histórica. De esa forma los nuevos modos productivos habían modificado la sociedad y los modos de pensamiento, creando una nueva estructura abierta a los cambios, demostrando que a lo largo de la historia sólo un movimiento había superado al marxismo en capacidad revolucionaria: el capitalismo, aunque sus fases iniciales fueran de extrema dureza.

Como era lógico en sociedades industrializadas, la máxima admiración recaía en quienes mostraban la máxima eficiencia. Aunque un film como *Modern times* de Chaplin, estrenado en 1936, señalara la deshumanización que podía generar la industrialización, nadie salvo utópicos reformadores pensaba en prescindir del capitalismo, cuyo máximo ejemplo era el americano. Europa empezaba a mirar a Estados Unidos como modelo, entre cierto desdén conservador y una evidente admiración. No se suele reparar en que la Gran Vía de Madrid, iniciada en 1910 y rápidamente construida, no pretende reproducir ningún bulevar parisino, sino atenerse a las verticalidades de Nueva York. El cine, adicionalmente y en el mismo sentido, modificaría los anteriores parámetros.

Por supuesto los aludidos cambios sociales de las masas no eran algo que pudiera ignorarse, dadas sus implicaciones. Aunque desde la perspectiva socialista se haya recalcado hasta la saciedad la inhumanidad del capitalismo, lo cierto era que las respuestas a las necesidades de las masas obreras empezaron a darse, aunque, claro es, de modo insuficiente en general, y no tempranamente. Y pese a la consolidada imagen sobre las consecuencias sociales del liberalismo manchesteriano, sería precisamente el Partido Liberal británico el que desde 1906 promoviera los inicios de un futuro estado del bienestar, bajo el impulso de Lloyd George. Son suficientemente conocidas las descripciones de Zola sobre los resultados humanos de la marginalización social de las clases bajas, pero también en Francia hubo ejemplares realizaciones de alojamientos para obreros que hoy perviven como residencias de una clase media indistinguible por sus orígenes⁵.

La Iglesia, ante los ejemplos numerosos de explotación, aportaría desde León XIII la Doctrina Social, que daría lugar a numerosas actuaciones asociativas, económicas y políticas en Alemania, Austria, Francia o Bélgica. El caso de España en tal sentido se resume a través de un comentario de uno de los hombres más destacados del catolicismo social español, Severino Aznar: “No es España donde la Encíclica *Rerum novarum* ha tenido más ruidosa y eficaz resonancia”⁶. Lo cierto era que la falta

⁵ ARIÈS, Philippe y DUBY, Georges. *Historia de la vida privada*. Taurus. Madrid. 1989, pp. 380-408.

⁶ AZNAR, Severino. *Estudios religioso-sociales*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid. 1949, p.169.

de sensibilidad social se hallaba bastante extendida entre casi todos los responsables sociales de nuestro país. Basta recordar que a principios del siglo XX el analfabetismo en España afectaba al 60% de la población, mientras en el Imperio Alemán representaba el 1%, y en Francia y Gran Bretaña se situaba hacia el 8%. Tal insensibilidad hacia los problemas sociales tendría inevitables consecuencias, si bien ha de decirse que el primer tercio del siglo XX coincide con la llamada Edad de Plata de la cultura española, que también refleja el profundo cambio habido en las sociedades occidentales.

LA MORAL

Recuerda Zweig un hecho que se percibía socialmente sin grandes aprensiones: “La generación actual apenas tiene idea de la enorme expansión de la prostitución en Europa hasta la Guerra Mundial”⁷. El autor expone la situación de Viena antes de la guerra, como luego reflejará la del Berlín de entreguerras, considerado como una nueva Babilonia. Sin embargo, había una ciudad que superaba con mucho a ambas: Madrid.

José Andrés Gallego recoge lo siguiente: “En Madrid, en 1910, se habían registrado 34.000 prostitutas y se calculaban en otras 10.000 las incontroladas”⁸. Ya Prudencio Sereñana había expresado veinte años antes lo siguiente: “no ha de bajar de 12.264 el número de mujeres que en Barcelona viven de la prostitución pública y privada”, señalando que la cifra correspondiente a Madrid era descomunal, nada menos que 34.000 mujeres prostituidas, aunque seguramente las cifras de la capital, siendo elevadas, no alcanzasen tal nivel⁹. Ha de tenerse en cuenta que Madrid tenía en la fecha de publicación del libro algo más de 400.000 habitantes y Barcelona en torno a 250.000.

Mientras el Berlín de entreguerras, que contaba con cuatro millones de habitantes, tenía unas cien mil mujeres prostituidas, ratio inferior al de la capital de España¹⁰. Por su parte Matilde Cuevas de la Cruz aporta este comentario referido a la última

⁷ ZWEIG, Stefan. *El mundo de ayer...*, pp. 117-122.

⁸ ANDRÉS GALLEGO, José. “La Iglesia en el reinado de Alfonso XIII”. Capítulo en ESCUDERO, José Antonio. *La Iglesia en la historia de España*. Marcial Pons. Madrid. 2014. p. 1072 y 1066.

⁹ SEREÑANA Y PARTAGÁS, Prudencio. *La prostitución en la ciudad de Barcelona*. Sucesores de Ramírez. 1882, p. 148.

¹⁰ BLOM, Philip. *La fractura. Vida y cultura en Occidente, 1918-1938*. Anagrama. Barcelona. 2016, p. 328.

década del XIX: “El comercio sexual con niños de ocho a quince años se realizaba casi a la vista de la Policía” en las aceras de la calle de Alcalá y en la Puerta del Sol¹¹.

Paralelamente la práctica religiosa tendía a decrecer con carácter general. De hecho el cardenal Sancha declaraba en 1909 que en Madrid sólo el 4 por 100 cumplía con la Pascua, y sólo el 5 por 100 recibía los últimos sacramentos¹². Aunque el caso de Madrid, desde su creación como diócesis en 1885 era considerado como particularmente deficiente, y su primer obispo, Martínez Izquierdo, escribió antes de su entrada en la diócesis: “solamente el estado de esta población es para aterrar. Me aseguran que mueren más del setenta por ciento sin sacramentos¹³. Con todas las salvedades que puedan caber, era evidente la tendencia a la caída de la práctica religiosa en toda Europa.

EL IRRACIONALISMO Y LA SINRAZÓN

La equilibrada visión previa a la Revolución Francesa había sufrido severos golpes ya con anterioridad. Por supuesto el Romanticismo, con su exaltación del sentimiento y su asunción de los contrarios venía a representar otra visión opuesta. Nietzsche había exaltado lo dionisiaco incontrolable frente al equilibrio apolíneo, y todo tipo de licencias irracionistas había prosperado ya desde los finales del XIX. El punto X del manifiesto futurista de Marinetti, publicado en *Le Figaro* el 20 de febrero de 1909, señalaba: “Queremos demoler los museos, las bibliotecas, combatir el moralismo, el feminismo y todas las cobardías oportunistas y utilitarias”. Y el undécimo y último punto proponía la militancia en este delirio: “Cantaremos a las grandes muchedumbres agitadas por el trabajo, el placer o la rebeldía, las resacas multicolores y polífonas de las revoluciones en las capitales modernas: la vibración nocturna de los arsenales y de los almacenes bajo sus violentas lunas eléctricas, las estaciones ahítas, pobladas de serpientes atezadas y humosas, las fábricas suspendidas de las nubes por el bramante de sus chimeneas; los puentes parecidos al salto de un gigante sobre la cuchillería diabólica y mortal de los ríos, los barcos aventureros olfateando siempre el horizonte, las locomotoras en su gran chiquero, que piafan sobre los raíles,

¹¹ CUEVAS DE LA CRUZ, Matilde. “Prostitución lícita, sexualidad controlada: la casa de tolerancia y la vida de las prostitutas en Madrid durante el régimen liberal (1833-1931)”. Capítulo en *El Madrid de las mujeres*. Comunidad de Madrid. Madrid 2007, Vol. 2, p. 43.

¹² DEL VALLE SJ, Florentino. “¿Hemos perdido la clase obrera en España?” *Razón y Fe* nº 652. Mayo 1952, p. 489.

¹³ CABEZAS DE HERRERA FERNÁNDEZ, Valeriano. “El cumplimiento de los preceptos religiosos en Madrid (1885-1932): Una aportación a la historia de las mentalidades”. *Hispania* XLV / 159. CSIC. Madrid. 1985, p. 101.

bridadas por largos tubos fatalizados, y el vuelo alto de los aeroplanos, en los que la hélice tiene chasquidos de banderolas y de salvas de aplausos, salvas calurosas de cien muchedumbres”.

No obstante, y siendo estas sus manifestaciones más extremas, los golpes a la razón clásica se habían prodigado y empezaban a tener reconocimiento científico, algo que iba más allá de las desequilibradas ansias nietzscheanas. Aunque con toda justicia se ha venido a asociar por Paul Ricoeur bajo el rótulo de “maestros de la sospecha” al trío formado por Nietzsche, Marx y Freud. Marx no dejaba de señalar que, bajo las apariencias, existía una realidad subterránea por él descubierta que explicaba no sólo el funcionamiento de la economía, sino el movimiento de la totalidad de la Historia. Los formatos previos eran incompletos en el mejor de los casos, falsos casi siempre y totalmente inservibles para explicar científicamente la evolución del mundo y su futuro. La posición metodológica de Freud ofrecía por su parte un notable paralelismo: nadie antes había penetrado en ese espacio oculto del subconsciente y la sexualidad que él manejaba para explicar los comportamientos. En ambos casos se daba el rechazo a la paciente y metódica investigación científica de colegas que no habían llegado a captar las esencias de las dos nuevas piedras filosóficas por ellos reveladas. Por supuesto –y sin entrar en la posible validez de algunas de sus contribuciones– había una ruptura con el previo orden metodológico académico, de modo que, pese a la popularidad de ambas doctrinas, el medio universitario se mostraba en buena parte reticente, no pudiendo decirse que por aquellas fechas los espacios académicos fueran particularmente entusiastas de tales interpretaciones. En cualquier caso, las visiones que rechazaban las formalidades del análisis clásico habían adquirido carta de ciudadanía.

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS

El cambio social y económico no podía dejar de hacer aflorar grupos hasta entonces considerados, al menos, como no predestinados a tener mayor protagonismo que el de meras referencias individuales a sus componentes. Baroja se lamentaba en su vejez de haber pertenecido a una generación que en tiempos de su juventud era desdeñada, a la espera de alcanzar su madurez tras severas décadas, mientras tuvo que contemplar, ya entrado en años, como ahora se exaltaba a la juventud y se rechazaba como caduco lo propio de su generación. Efectivamente así había sido, pero Centroeuropa había alumbrado a finales del XIX un movimiento juvenil –los *Wandervögel* o “pájaros errantes”– que suponían una reacción contra las ciudades de la época de la industrialización y las formas estrictas del momento, sin que faltaran sus particulares

raíces en el *zurück zur Natur* del romanticismo en su búsqueda de la naturaleza. Ahora grupos de jóvenes, con fuerte presencia femenina, articulaban algo que terminaría conociéndose como el “movimiento de la juventud” o *Jugendbewegung*. Movimiento que, pese a mantener una idea común de protagonismo de la juventud y rechazo de las rigideces sociales, daría lugar a grupos completamente diversos. Mientras unos eran similares a los scouts, otros manifestaban una confusa ideología reactiva contra la sociedad industrial; algunos acabaron como grupos promotores del nudismo o de la homosexualidad, y finalmente, ya en los finales de los años veinte, otros acabaron confluyendo en el nacionalsocialismo. Movimiento político que, en inicio, ni siquiera había asumido la idea de una sección propia para los jóvenes, pero que terminaría absorbiendo al movimiento, hasta el extremo de que no pocos símbolos y modos de la futura Hitlerjugend provenían del movimiento de la juventud. En cualquier caso, en las naciones más industrializadas había surgido una iniciativa que resultaba desconcertante para los patrones anteriores.

Tuvo mayores consecuencias, sin duda, el movimiento feminista. Aunque surgido en el mundo anglosajón, pronto extendió sus ramificaciones, con no poca audacia en sus protestas. La idea de que la mujer no debía proyectarse más allá de las duras y exigentes labores puramente domésticas empezaba a perder vigencia. La Gran Guerra acabaría definitivamente con tal división laboral, a partir del momento en que un elevado número de mujeres pasó a ser necesario para mantener la producción en las fábricas de armamento, de modo que la idea del ámbito doméstico como espacio natural de la mujer era algo caducado. Aunque no faltaran reacciones contra ello, pues el propio manifiesto futurista en su, una vez más, enloquecido punto IX señalaba: “Queremos glorificar la guerra –única higiene del mundo– el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los anarquistas, las bellas ideas que matan y el desprecio a la mujer”. En 1918 las mujeres podían votar en Gran Bretaña, en 1919 en Nueva Zelanda y desde 1920 en Estados Unidos. Francia tan sólo lo reconocería a partir de un acuerdo del general De Gaulle en abril de 1944: sobre tal cuestión la precavida e izquierdista III República había mantenido cautelosamente sus recelos hasta el fin.

Por su parte los nuevos movimientos en las bellas artes habían anunciado ya un consolidado cambio de perspectiva suficientemente estudiado. Tanto la arquitectura como la pintura incluían corrientes que, aún hoy, sorprenden cuando se comprueban las fechas de sus aportaciones.

LA IDEA DE DECADENCIA Y LAS REACCIONES CONTRA EL PROCESO

Como es natural todas las anteriores manifestaciones habían sido catalogadas por los sectores conservadores como una profunda amenaza para una sociedad y unas instituciones que, aún en buena parte, basaban sus razonamientos en premisas muy distintas, no habiendo faltado llamadas de atención sobre los riesgos que generarían tales cambios. El sentimiento de decadencia era algo que había ya aparecido en la época anterior a la Gran Guerra, pese a vivirse en una época de prosperidad. Así Thomas Mann en su obra *Los Buddenbrook*, publicada en 1901, refleja el proceso de caída de una próspera familia burguesa, símbolo anticipado de un cambio ante una realidad social cada vez más distinta. Oswald Spengler, en su obra *La decadencia de Occidente*, publicada en dos volúmenes aparecidos en 1918 y 1922, reflejaría la amarga visión y oscuras perspectivas que una larga investigación previa le había llevado a elaborar.

Mientras en un espacio bien distinto, el del mundo liberal anglosajón, había nacido una de las corrientes que más radicalmente intentarían alterar la misma estructura humana de la sociedad, la eugenesia. Fruto de la traslación a la sociedad por Francis Galton de las teorías evolucionistas de su primo Darwin, aparecería el llamado darwinismo social como propuesta práctica con la constitución de la *Eugenics Education Society* en 1907. El esquema era tan simple como drástico: se interpretaba que la sociedad padecía de una acusada decadencia como resultado de la sustitución de sus élites históricas naturales por individuos de muy inferior valía, fruto de los idearios filantrópicos, del cristianismo y del socialismo. Se trataba ahora de recrear esas élites por dos vías: la promoción de los elementos valiosos de la sociedad –lo que se llamaría eugenesia positiva– y por la segregación de los individuos cuya sola existencia suponía un riesgo: enfermos mentales y personajes marginales de comportamientos más o menos delictivos o amorales. Para ellos quedaba reservada la aplicación de la eugenesia negativa, por vía de la reclusión o la esterilización. Aunque en su lugar de origen, el Reino Unido, no faltaran ilustres seguidores como Churchill, Keynes, Bernard Shaw o H. G. Wells, –laboristas estos dos últimos–, la legislación eugenésica no lograría prosperar en su país de origen. Ha de decirse acerca de Keynes que el ilustre economista fue director de la *Eugenics Society* desde 1937 hasta 1944.

Sería en Estados Unidos, lugar de consolidado racismo, donde por primera vez se aplicarían las leyes que permitían la esterilización, lo que se iniciaría en Indiana en 1907 y llegaría a alcanzar una treintena de estados de la Unión durante los años treinta, perdurando en algún caso la legislación hasta los años ochenta. Evidentemente los criterios anteriores sobre la vida humana estaban siendo aparcados progresivamente. Ha de señalarse que la primera exposición efectuada por Galton tuvo lugar en la Lon-

don School of Economics, dada la no pequeña recepción que la propuesta tuvo entre las élites sociales y parte del mundo académico. De hecho, la mentalidad eugenésica aplicada al porvenir y al previsto papel de las naciones no dejó de tener su influencia en los orígenes de la Gran Guerra: no faltaban en Alemania quienes mantenían que las naciones decadentes debían vivir en régimen de sometimiento, mientras a las fuertes y vigorosas correspondía el dominio en el futuro. La guerra sería ahora el instrumento eugenésico de reversión de un largo proceso de decadencia.

LA CRISIS DE LA POSGUERRA

Por si todos los cambios anteriores no hubieran sido suficientes, la derrota militar de los Imperios Centrales en 1918 acababa derruyendo bruscamente la fachada institucional que mantenía no sólo una apariencia sino también una consolidada realidad. Un país tan metódico y ordenado como Alemania vivió hasta 1919 una situación de completo caos revolucionario, abdicando Guillermo II dos días antes del armisticio del 11 de noviembre. Sobre lo precario del nuevo poder, basta recordar lo que señalaría el socialdemócrata Gustav Noske, nuevo ministro de defensa: mientras los marinos se amotinaban en Kiel, en Berlín “sólo 800 soldados respondieron al llamamiento del Gobierno”. Se pasaba de una situación tradicional de seguridad al miedo a una reproducción de los acontecimientos de Rusia. Ahora los tratados de Versalles y de Saint-Germain-en-Laye dejaban a Alemania y a Austria en estado de sumisión. No sólo la frustración por la derrota y por las terribles condiciones y exigencias económicas de unos tratados de paz coercitivamente impuestos eran elemento generador de rebeldías, sino que la descomunal hiperinflación arruinó a muchos miembros de las clases tradicionales, que en muchos casos pasaron de una situación encumbrada a la más estricta miseria. Por supuesto no serían pocos los que acumularían un profundo resentimiento hacia el régimen de Weimar, de modo que era difícil que tantos acontecimientos no fuesen a generar una futura reacción contra el sistema.

LAS NUEVAS ACTITUDES

Comenta Zweig acerca de la situación en Alemania: “Se habían alterado todos los valores, y no sólo los materiales; la gente se mofaba de los decretos del Estado, no respetaba la ética ni la moral, Berlín se convirtió en la Babel del mundo... Ni la Roma de Suetonio había conocido unas orgías como lo fueron los bailes travestíes de Berlín... Con la decadencia de todos los valores, una especie de locura se apoderó precisamente de los círculos burgueses, hasta entonces firmes conservadores de su

orden”. Advirtiendo, no obstante: “Por doquier se hacía evidente que a todo el mundo le resultaba insoportable aquella sobreexcitación”; de modo que señala: “Quien vivió aquellos meses y años apocalípticos hastiado y enfurecido, notaba que a la fuerza tenía que producirse una reacción, una reacción terrible”. No sin haber advertido previamente sobre una drástica ruptura generacional: “¿Era de extrañar que toda una generación joven mirara con rencor y desprecio a sus padres, los cuales se habían dejado arrebatar primero la guerra y luego la paz?”¹⁴.

Las más inesperadas corrientes prosperaron en aquellas fechas: el budismo, la exaltación del nudismo, de la homosexualidad y de la más completa libertad sexual, la expansión de la drogadicción, como de cualquier otra actitud que supusiera una ruptura drástica con los valores anteriormente predominantes. Resulta llamativo que parte de las nuevas formas vinculadas al culto del cuerpo fueran asumidas de igual modo por la izquierda como por el nacionalsocialismo, que las utilizaría como instrumento de ruptura con la moral tradicional¹⁵. Los diarios del izquierdista conde Harry Kessler correspondientes al 14 de julio de 1930 incluyen una observación al respecto: “De muchos modos, especialmente en Alemania, estamos volviendo, inconsciente y naturalmente, a los hábitos de los griegos. Nudismo, luz, aire fresco, luminosidad, adoración por la vida, perfección del cuerpo, sensualidad sin falsa vergüenza o mojigatería. Es sorprendente observar cómo ahora hay muchos más jóvenes de cuerpos hermosos que antes de la guerra. El mismo aspecto físico nacional ha mejorado desde que los jóvenes ya no tienen vergüenza de ir desnudos”¹⁶. La corriente tenía un nombre perfectamente conocido: paganismo, ya promovida desde antes del régimen de 1933, que gustosamente la acogería.

Por otro lado desde los inicios de la República se vivió en una situación de desorden general, campo predilecto para todos los irracionalismos. La izquierda intelectual y artística acogió como perfecto símbolo del caos de la posguerra el manifiesto dadaísta de 1918 de Tristan Zara, donde puede leerse: “Toda forma de asco susceptible de convertirse en negación de la familia es Dada; la protesta a puñetazos de todo el ser entregado a una acción destructiva es Dada; el conocimiento de todos los medios hasta hoy rechazados por el pudor sexual, por el compromiso demasiado cómodo y por la cortesía es Dada; la abolición de la lógica, la danza de los impotentes de la creación es Dada; la abolición de toda jerarquía y de toda ecuación social de valores

¹⁴ ZWEIG, Stefan. *El mundo de ayer. ...*, pp. 396, 397 y 379.

¹⁵ WEITZ, Eric D. *Weimar Germany. Promise and tragedy*. Princeton University Press. Oxford. 2009, pp. 315-323.

¹⁶ KESSLER, Harry. *The diaries of a cosmopolitan 1918-1937*. Phoenix Press. London. 2000, p. 395.

establecida entre los siervos que se hallan entre nosotros es Dada”. Evidentemente la ruptura era completa.

LA CONSOLIDACIÓN DE LOS NUEVOS FORMATOS CULTURALES

Si ya antes de la guerra había un notable cúmulo de precedentes artísticos que señalaban una quiebra, las nuevas circunstancias no podían sino exacerbar las tendencias rupturistas. El expresionismo se volvió más agresivo, recogiendo como motivos las catástrofes humanas y sociales de la guerra, como no eran infrecuentes en la literatura las tonalidades ácidas y escépticas, en medio de una situación para casi todos desconcertante, ante un cambio de mundo. Con frecuencia se ha tomado como símbolo la Bauhaus, escuela de arquitectura y arte creada por Walter Gropius en 1919. Mil veces reproducida la imagen del célebre edificio de Dessau, no pueden, sin embargo, olvidarse los racionalistas edificios construidos durante la época de Weimar que difícilmente podrían hoy ser identificados como de tales fechas, dada su modernidad.

Es de nuevo máximamente expresiva la síntesis efectuada al respecto por Zweig: “En todos los campos se inició una época de experimentos de lo más delirantes que quería dejar atrás, de un solo y arrojado salto, todo lo que se había hecho y producido antes”. Recordando como trasfondo: “Todo lo extravagante e incontrolable vivió entonces una edad de oro: la teosofía, la antroposofía, la quiromancia, la grafología, las enseñanzas del yoga indio y el misticismo de Paracelso”¹⁷.

Spengler en el Cuadro II que incluye en *La decadencia de Occidente* anexa la tabla donde describe la evolución del arte, clasificando en estos términos la situación dentro de la etapa de “civilización”, suplantadora de la previa de “cultura”: “La existencia no tiene forma interior. El arte de la gran urbe es una costumbre, un lujo, un deporte, un excitante. Los estilos se ponen de moda y varían rápidamente (rehabilitaciones, inventos caprichosos, imitaciones)”. Dando lugar al siguiente resultado: “Fin de la evolución de la forma. La ornamentación y la arquitectura carecen de sentido: son vacuas, artificiosas, amontonadas”¹⁸.

Que no todos eran idólatras de tales transgresiones, que consideraban como un objetivo a desterrar, se podría comprobar en la década de los treinta.

¹⁷ ZWEIG, Stefan. *El mundo de ayer. ...*, pp. 381-382.

¹⁸ SPENGLER, Oswald. *La decadencia de Occidente*. Espasa Calpe. Madrid. 1966, Tomo I. Anexos.

LAS REACCIONES CONTRA LA NUEVA SITUACIÓN

Ya ha sido aludido el precursor Spengler, que suponía una refutación a la totalidad del mundo de Weimar, ya fuera en sus modalidades política o cultural. Para él lo que se ofrecía a la vista no era sino la culminación de una decadencia ya antes iniciada. Lo que tiene a la vista es descrito de la siguiente forma en su obra *Años decisivos* aparecida en 1933: “La época misma se ha tornado ordinaria y la mayoría de los hombres no saben hasta qué punto ellos mismos lo son. La ordinariez de todos los Parlamentos, la inclinación general a participar en negocios poco limpios, cuando prometen dinero sin trabajo; el jazz y los bailes negroides como expresión psíquica de todos los círculos; el maquillaje de las prostitutas, adoptado por todas las mujeres, la manía de los literatos de ridiculizar en noveles y obras teatrales, con el aplauso general, las severas opiniones de la sociedad distinguida, y el mal gusto, extendido hasta la altas nobleza y hasta las viejas familias soberanas, de libertarse de toda coerción social y de toda vieja costumbre, demuestran que la plebe ha llegado a ser la que da el tono”. Hay en *La decadencia de Occidente* un anexo de tono profético donde pronostica el calendario de caída de todas las instituciones generadas por el mundo contemporáneo, siendo más explícito aún en *Años decisivos* cuando dice: “Sólo el elemento conservador, por débil que haya sido en el siglo XIX, puede impedir el final en el porvenir, y lo impedirá”. Adicionalmente anuncia el nuevo cesarismo, señalando: “En el porvenir los ejércitos relevarán a los partidos” y “...serán los ejércitos y no los partidos la forma futura de poder”¹⁹. No siendo, ni mucho menos el único intelectual hostil a la situación. Por su parte Armin Mohler en su texto *La revolución conservadora en Alemania 1918-1932*²⁰, estudió las posiciones de Spengler, Carl Schmitt, Ernst Jünger, Arthur Moeller van den Bruck y otros pensadores contrarios frontalmente a lo que la República significaba. Lo virulento del cambio venía a generar posicionamientos fuertemente contrarios, tanto en Alemania como en Austria.

Por supuesto la nueva república centroeuropea había pasado a jugar un papel menor, y mientras Berlín era el culmen del cosmopolitismo, la Viena de los años veinte y treinta, enorme cabeza de un antiguo imperio, se conformaba ahora con tener un tono más propio de una capital de provincias. En el mantenimiento de la influencia política de los socialcristianos fue determinante la enérgica actitud de su máximo líder, monseñor Seipel, al que Zweig califica como “sacerdote católico de una inteligencia casi inquietante”.

¹⁹ SPENGLER, Oswald. *Años decisivos*. Austral. Madrid. 1962, pp. 96, 118, 179 y 183.

²⁰ MOHLER, Armin. *Die Konservative Revolution in Deutschland, 1918-1932*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Darmstadt. 1989.

En cuanto a las iglesias, ya fueran la luterana o la católica, contemplaban la situación desde una básica perspectiva hostil. La decadencia de la familia, el incremento de los divorcios, la amoralidad aflorando por doquier, una revolución sexual abierta y provocativamente manifestada, el notable descenso de la práctica religiosa, el miedo al bolchevismo y la notable incomodidad con la socialdemocracia no eran elementos que produjeran satisfacción en las iglesias. Ello no sólo en la católica, sino igualmente en la luterana, aun mayoritariamente caracterizada por una notable severidad, de modo que, en sus pronunciamientos frente a la desconcertante realidad, ambas no se diferenciaban excesivamente. En cualquier caso, una visión más pausada debería distinguir dos aspectos distintos en ello: por una parte, la rápida desarticulación moral de parte de la sociedad alemana, con bastante menor repercusión en Austria. Por otro las tendencias propias del mundo contemporáneo, similares en todos los países. Así José Luis Abellán ha señalado cómo en España, incluso en una fase no particularmente conflictiva, como fue el período de la Restauración, sin necesidad de oposiciones frontales ni abiertas rupturas se produjo un firme y constante desplazamiento hacia los espacios de la cultura laica²¹.

LAS NUEVAS CORRIENTES POLÍTICAS

Si hubo un acontecimiento traumático para el mundo conservador, ese fue la revolución rusa de 1917. Un imperio secular caía con todas sus instituciones y estructuras anexas en medio de una violencia inaudita y de una guerra civil en el lugar donde por siglos había reinado un régimen que parecía inamovible, y donde ni siquiera Marx había previsto el posible escenario para una revolución. Lo que para las numerosas corrientes socialistas occidentales supuso la esperanza de estar naciendo a un mundo distinto que proclamaba al hombre nuevo. Ahora bastaba con intentar reproducir el proceso ante regímenes en apariencia menos fuertes, lo que parecía al alcance de la mano, de modo que la Internacional Socialista tuvo que contemplar tanto radicalizaciones internas como fugas a lo que sería la III Internacional. Que los regímenes liberales eran en algunos casos débiles parecía evidente; que los miembros de la burguesía lo fueran o que estuviesen dispuestos a doblegarse, era cuestión muy distinta.

El primero de los países que acabó *manu militari* con las sublevaciones bolcheviques fue Alemania, como hemos visto, con una fuerte colaboración de voluntarios civiles y ex soldados. El segundo sería Italia, donde una nueva corriente, el fascismo,

²¹ ABELLÁN, José Luis. *Historia crítica del pensamiento español*. Espasa-Calpe. Madrid. 1981. T. V-II, p. 70.

dirigida por el antiguo socialista Benito Mussolini, aplastaría un socialismo difícil de distinguir de la internacional comunista, salvo en la falta de liderazgo y de determinación demostradas frente a un condottiero dispuesto a todas las violencias. Y que desde 1922 creó un régimen que, frente a la interpretación marxista, incluía elementos que iban desde un cierto socialismo hasta las derechas más nacionalistas. Pero que incluía todo tipo de elementos novedosos: las apelaciones irracionalistas de Marinetti o las exaltaciones patrióticas de D'Annunzio; quadrumviros de la marcha sobre Roma vinculados a la masonería junto a católicos; lo mismo que conservadores junto a republicanos añorantes de Garibaldi. Como igualmente incluía una interpretación del arte que no era identificable con la perspectiva tradicional; al propio Mussolini no le agradaba la Roma barroca heredada de los Estados Pontificios, y tenía su propia visión arquitectónica renovadora. El fascismo no era algo de fácil clasificación, pero incluía elementos modernos que no le hacían asimilable a las tendencias reaccionarias, y, en cualquier caso, había aplastado la amenaza de revolución de unos socialistas bastante menos eficaces que Lenin o Trotsky, aunque en modo alguno pacifistas. En cualquier caso el panorama había empezado a cambiar, pues desde un punto de vista conservador, se había conjurado el peligro revolucionario.

El caso de España representó el fin de un poco eficiente régimen liberal en septiembre de 1923, sustituido por una Dictadura regeneracionista hasta enero de 1930. Le seguiría un régimen republicano que desde sus inicios burgueses de izquierda pasó por una etapa de moderación durante 1934 y 1935, para recaer en una fase de fuerte radicalismo político desde las elecciones de febrero de 1936. Cinco meses más tarde empezaba la guerra civil. Es decir, el panorama de los años treinta, donde desembocaron todos los antecedentes ya señalados, era altamente preocupante, y tan sólo Italia parecía vivir una época de seguridad.

El proceso alemán sigue siendo el que más fascinación continúa generando, lo que no es extraño, pues hay en él elementos que parecen más propios de la ciencia ficción que de la realidad común y cotidiana. Si nos atenemos a lo que el régimen heredó o rechazó de cuantos elementos hemos visto, no debe pensarse que la dictadura alemana fuese tan novedosa en cuanto a sus ideas, pero tampoco tan reaccionaria como habitualmente se señala. Aunque por supuesto las manifestaciones artísticas de vanguardia antes aludidas fueron ridiculizadas en la famosa exposición sobre arte degenerado conocida como *Entartete Kunst* de 1937. Las formas parlamentarias fueron igualmente liquidadas sin contemplaciones, pero el régimen tenía igualmente aspectos modernos. No dejaba de ser una cierta forma de socialismo paternalista que proporcionaba el pleno empleo; era por completo laico y poco respetuoso con las iglesias y las manifestaciones cristianas; era también moderno en su eficiencia técnica

y mantenía unas universidades y centros de investigación modélicos; y por supuesto aplicaba la eugenesia sin restricciones, habiendo señalado Hitler en su *Mein Kampf* que su inspiración para ello eran los Estados Unidos. No es extraño que durante cierto tiempo fuese notablemente popular ni que gozase de un no pequeño respeto exterior. Cuando John Maynard Keynes publicó su *Teoría General* en febrero de 1936 pudo comprobar cómo suscitó notable interés en Alemania. Ya había pronosticado en su libro de 1919 *Las consecuencias económicas de la paz* que un exceso de castigo a la derrotada Alemania generaría reacciones imprevisibles en el futuro, aunque más bien adquiriría el tono de otra Casandra desdeñada entre los muchos asistentes a las sesiones de Versalles. En cualquier caso, se trataba de alguien visto con simpatía en Alemania, de modo que su libro se tradujo ese mismo año. Lo llamativo es que en el prólogo de la traducción sostiene Keynes que las propuestas que el texto incluye eran mucho más coherentes con un estado totalitario (sic) que con un sistema de *laissez-faire*. Lo que era perfectamente lógico, pues Keynes había visto el fracaso de las medidas monetarias en Inglaterra y en Estados Unidos, mientras el Reich alemán se acercaba al pleno empleo. No todas las corrientes que hemos visto iban a naufragar. Ni tampoco todas las prácticas totalitarias iban a quedar descartadas. Los fundamentos psicológicos de las sociedades europeas habían cambiado ya profundamente, lo que llevaría a resultados inesperados.